



CENTRO DE ESTUDIOS
NAVALES Y MARÍTIMOS

DOCUMENTO DE ANALISIS

EL ESCOLTA SILENCIADO: CANAVE, EL TERCER HOMBRE DEL ABORDAJE DE PRAT

José Ignacio Alvarez Chaigneau

PhD(c) Geografía e Historia

Profesor residente de la Academia de Guerra Naval

Docente Investigador del Centro de Estudios Navales y Marítimos (CENAM)

5
AÑOS


Comisión Nacional
de Acreditación
CNA - Chile

ACADEMIA DE GUERRA NAVAL

NIVEL AVANZADO
ÁREA GESTIÓN INSTITUCIONAL
ÁREA ACADEMICA
HASTA 24/08/2027





Resumen

Este artículo es un llamado a la evocación y a la justicia histórica. Un esfuerzo por rescatar desde las sombras del olvido y el silencio de los archivos el nombre de un hombre cuya lealtad y sacrificio quedaron eclipsados por el paso del tiempo: el **Soldado de Artillería de Marina Arsenio Canave Meriño**, centinela de la Guardia de Bandera de la corbeta Esmeralda. En la mañana inmortal del 21 de mayo de 1879, cuando la rada de Iquique ardía entre humo, hierro y sangre, Canave no vaciló en seguir a Arturo Prat y al Sargento Juan de Dios Aldea en el primer abordaje al monitor Huáscar, sellando su destino en una de las jornadas más sagradas de la historia naval chilena. A la luz de la Ordenanza Naval y de diversas fuentes históricas y documentales, este ensayo busca restituir su figura al sitio que merece en la conciencia marítima nacional, reivindicando a quien, siendo uno de los primeros en lanzarse sobre la cubierta enemiga, fue injustamente relegado al olvido de la historiografía.

Palabras clave: Canave, Guardia de Bandera, Abordaje.

Abstract

This article is a call to memory and historical justice. It seeks to rescue from the shadows of oblivion and the silence of archival records the name of a man whose loyalty and sacrifice were eclipsed by the passage of time: **Marine Arsenio Canave Meriño**, sentinel of the Esmeralda's Color Guard. On the immortal morning of May 21, 1879, as the roadstead of Iquique burned amid smoke, iron, and blood, Canave did not hesitate to follow Arturo Prat and Sergeant Juan de Dios Aldea in the first boarding of the monitor Huáscar, sealing his fate in one of the most sacred episodes of Chilean naval history. Considering the Naval Ordinance and a broad body of



historical and documentary sources, this essay seeks to restore his figure to the place it deserves within Chile's maritime memory, vindicating a man who, despite being among the first to leap onto the enemy's deck, was unjustly consigned to the silence of history.

Keywords: Canave, Color Guard, boarding action

Preámbulo

En los días iniciales de la Guerra del Pacífico, cuando el derrotero de Chile comenzaba a resolverse sobre un océano cubierto de humo, incertidumbre y muerte, la Armada de Chile se erguía como el principal baluarte de la soberanía nacional en el mar. Era una institución forjada en años de sacrificio, disciplina y tradición marinera, templada por el viento austral, la dureza de las campañas y el culto irrestricto al deber. Sobre sus cubiertas de madera ennegrecida por la pólvora y la sal, había nacido una generación de hombres educados bajo la convicción de que el honor del pabellón constituía una obligación superior a la propia existencia.

No eran únicamente marinos: eran custodios de una herencia moral construida entre tempestades, navegaciones lejanas y jornadas de combate. Para ellos, la bandera de Chile no representaba solo un símbolo nacional, sino la expresión misma de la patria, de su historia y de su dignidad soberana. Por ello, rendirse ante el enemigo no estaba concebido como una posibilidad honorable. Entre jarcias estremecidas por el viento, cubiertas húmedas de mar y cañones aún calientes por el combate, aquellos hombres aprendieron que la vida podía perderse; el honor, jamás.

En efecto, entre los servicios más solemnes que existían a bordo de un buque de guerra destacaba la Guardia de Bandera. No se trataba únicamente de una función militar ni de un puesto asignado en el zafarrancho de combate.

Representaba, en realidad, la custodia material y espiritual del honor nacional. Los hombres designados para aquella misión asumían el deber irrevocable de velar porque la enseña chilena permaneciera en alto aun en las circunstancias más extremas del combate. La antigua Ordenanza Naval —heredada de la tradición marítima hispánica y vigente en Chile desde los primeros años republicanos— lo establecía con severa claridad: “Durante el combate deberá haber un hombre que haga la guardia de bandera”, encargado de impedir que el pabellón fuese arriado sin orden expresa del comandante. Aquella disposición, más que una norma administrativa, condensaba una ética de deber y de sacrificio que la Marina chilena hizo propia como parte esencial del espíritu institucional.

Así, en la mañana del 21 de mayo de 1879, frente a la rada de Iquique, aquel mandato dejó de pertenecer al dominio de la ordenanza para transformarse en irrefutable predestinación. Mientras la bocanada de los cañones cubría la bahía y la vieja corbeta Esmeralda resistía, herida y exhausta, el castigo del poderoso blindado peruano, dos hombres de la Guardia de Bandera quedarían unidos para siempre al destino con su comandante: los Artilleros de Marina



Sargento Juan de Dios Aldea Fonseca y Soldado Arsenio Canave Meriño. Sobre la cubierta desgarrada de la mancarrona inmortal, ambos siguieron a Arturo Prat en el instante supremo del abordaje, sellando con su entrega uno de los episodios más trascendentes y sagrados de la memoria naval chilena, elevando además al



comandante de la Esmeralda, como símbolo de las cualidades cívicas y guerreras del chileno y ejemplo de vida a seguir, entre otras consideraciones¹.

Normativa y zafarrancho de combate

Tras la independencia de Chile, en los albores del siglo XIX, la naciente Marina nacional carecía aún de un cuerpo normativo propio que regulase la vida y el servicio a bordo. Por ello, heredó en gran medida la tradición jurídica naval española, incorporando como fundamento doctrinal y reglamentario las Ordenanzas Generales de la Armada Naval², promulgadas por el rey Carlos IV en 1793. Aquel extenso compendio —fruto de una larga experiencia marítima e imperial— regulaba con notable precisión la organización, disciplina y funcionamiento de las fuerzas navales, transformándose en el primer gran marco jurídico de la Marina chilena durante su etapa fundacional. Lejos de constituir un texto anticuado, aquellas ordenanzas representaban una normativa sólida, rigurosa y plenamente coherente con las prácticas navales más avanzadas de su tiempo.

Su influencia se proyectó mucho más allá de los primeros años republicanos. Durante décadas, la Armada de Chile continuó rigiéndose bajo el espíritu de la Ordenanza española y de la Ordenanza de Servicio a Bordo de 1802, cuyas disposiciones establecían desde las obligaciones del comandante hasta la organización del zafarrancho de combate y la ejecución de maniobras tácticas como el abordaje. Incluso durante la Guerra del Pacífico, la conducta de comandantes, oficiales y tripulaciones seguía modelada por aquella doctrina naval heredada de la tradición hispánica, cuya vigencia oficial perduró hasta 1888, cuando comenzó a ser reemplazada por reglamentos nacionales. No constituía una simple disposición

¹ William F. Sater. La imagen heroica en Chile. Arturo Prat, Santo Secular. Santiago, 2005. Pág. 67 y siguientes.

² “Sobre el gobierno militar y marinera de la Armada en general, y uso de sus fuerzas en la mar” (Armada, Ordenanzas Generales de la Armada Naval, 1793).



administrativa: aquellas páginas definían el deber, la disciplina y la forma de combatir del marino chileno.

Entre sus disposiciones más exigentes y trascendentes, la Ordenanza establecía dos principios absolutos. El primero: que ninguna circunstancia —ni el miedo, ni la confusión del combate, ni una voz distinta a la del comandante— podía justificar que la bandera fuese arriada ante el enemigo. El segundo: que los hombres encargados de custodiarla debían ser individuos “*de probada lealtad y energía*”, pues sobre ellos recaía la responsabilidad moral de preservar el honor de la nación en los momentos más extremos de la batalla. De esa concepción nacía la Partida de Custodia de Bandera, grupo concebido como la protectora incorruptible del pabellón nacional. La norma era categórica: “*la bandera no debía ser arriada sino por orden personal del comandante*”.

Por ello, cada buque chileno organizaba, durante el zafarrancho de combate, su propia Guardia de Bandera, integrada generalmente por un guardiamarina o subteniente, un sargento y un reducido grupo de Soldados del Mar³ pertenecientes a la Guarnición Embarcada. Apostados en la toldilla, bajo el pico de mesana, aquellos hombres ocupaban uno de los puestos más simbólicos del combate naval. Eran, en el sentido más profundo del deber, los últimos centinelas del honor.

Así, en la aurora de la inmortal jornada de Iquique, Arturo Prat no hizo sino reafirmar, con palabras destinadas a perpetuarse en la memoria nacional, el juramento contenido en aquellas viejas ordenanzas: “*Nunca se ha arriado nuestra bandera ante el enemigo y espero que no sea ésta la ocasión de hacerlo... mientras yo viva, esa bandera flameará en su lugar; y si yo muero, mis oficiales sabrán cumplir con su deber*”. Aquella declaración no constituyó una simple arenga pronunciada en vísperas del combate. Fue, en realidad, la expresión viva de una

³ Soldado del Regimiento de Artillería de Marina (Infantería de Marina) de la Armada de Chile, perteneciente a la 3ra Compañía que había sido enmarcada en las guarniciones embarcadas de la Escudar.



tradición naval construida sobre el deber, la inmolación y la fidelidad absoluta al pabellón.

La doctrina del abordaje

La misma Ordenanza Naval que regulaba la disciplina, el combate y la vida a bordo reservaba también disposiciones especiales para las circunstancias más extremas de la guerra en el mar: aquellas jornadas en que el combate dejaba de decidirse por la distancia de los cañones y pasaba a resolverse cuerpo a cuerpo, entre humo, metralla y acero, sobre la cubierta enemiga. Era la doctrina del abordaje, considerada una de las acciones más arriesgadas y decisivas del combate naval tradicional.

La Ordenanza contemplaba dos formas de ejecutar el abordaje. La primera correspondía al abordaje por partidas: un procedimiento calculado y parcialmente controlado, mediante el cual grupos escogidos de hombres eran previamente organizados para lanzarse, en una o varias oleadas, sobre la nave enemiga, mientras el comandante permanecía necesariamente en su propio buque dirigiendo la acción.

En la corbeta Esmeralda se habían dispuesto dos partidas de abordaje. La primera, al mando del Teniente 2º Ignacio Serrano, tenía su punto de reunión y armamento en el castillo de proa. La segunda, bajo el mando del Teniente 1º Francisco Sánchez, debía operar a partir el sector del alcázar. Aquellos grupos constituían la fuerza destinada al combate cerrado, preparada para transformar la cubierta enemiga en el escenario definitivo de la lucha cuerpo a cuerpo; La segunda modalidad, mucho más extrema y excepcional, correspondía al denominado Abordaje General: el asalto total de la tripulación, ejecutado con el propio comandante encabezando la acometida, seguido por su escolta y por los hombres designados para sostener el esfuerzo final del combate. No se trataba ya de una acción parcial o limitada, sino de la resolución definitiva del enfrentamiento, cuando



el combate cuerpo a cuerpo aparecía como el único medio posible para vencer o evitar la derrota. Esta modalidad encontraba sustento doctrinal en el Artículo 152, Título I, Tratado III de las Ordenanzas Navales, referido a las obligaciones del comandante de un buque: "Si se resolviere abordar al enemigo, no deberá el Capitán, en los casos comunes, abandonar su navío, cuya conservación ha de ser su principal objeto, y destinará a su Segundo Capitán u otro oficial de Guerra, sin ceñirse a antigüedades, para que pase al bordo contrario con el número de tropa y marinería que juzgare a propósito; pero si se determina el abordaje como último recurso de su defensa, o como ataque general y el solo medio de vencer al contrario, podrá pasar a él en el trozo a que se hubiere asignado según el plan de la operación".

Aquel recurso representaba mucho más que una simple maniobra táctica, constituía la expresión máxima de la resolución ofensiva en el combate naval del siglo XIX. Era la instancia en que la disciplina, el valor y la cohesión de la tripulación intentaban imponerse allí donde la inferioridad material parecía irreversible. La Ordenanza autorizaba únicamente en ese marco que el comandante y la Guardia de Bandera abandonaran su propia cubierta para precipitarse sobre la del enemigo. No era una licencia menor ni un gesto temerario desprovisto de doctrina: respondía a la lógica extrema del combate cerrado, cuando el enfrentamiento quedaba reducido a la voluntad de los hombres y al filo de las armas de puño.

En 1879, aquella antigua doctrina permanecía plenamente viva en la Marina chilena. No subsistía únicamente en la letra severa de la Ordenanza: habitaba en la formación profesional, en el pensamiento táctico y en la conciencia moral de oficiales y tripulaciones. Arturo Prat conocía cabalmente aquella doctrina. Había sido formado bajo sus principios y comprendía, con la lucidez del marino y del comandante, que frente a un adversario materialmente superior el abordaje podía constituir la última alternativa para alterar el sino del combate. No se trataba de un impulso temerario, sino de una resolución concebida dentro de la lógica táctica y

moral de la guerra naval de su tiempo. Así lo habría manifestado, incluso antes de la jornada de Iquique, al Comandante en Jefe de la Escuadra, en una frase que la tradición histórica conservaría como anuncio premonitorio de su destino. Benjamín Vicuña Mackenna, en Historia de la Campaña Naval de 1879 (1880), recoge esta expresión atribuida a Arturo Prat antes de iniciarse la campaña naval sobre el Callao: “...*Si el Huáscar se presenta, lo abordo...*”. Más que una simple frase destinada a la posteridad, aquellas palabras resultan plenamente coherentes con la doctrina naval vigente y con la formación profesional del comandante de la Esmeralda, para quien el abordaje general constituía una alternativa legítima frente a un combate materialmente desigual.

Así, cuando el monitor Huáscar descargó la violencia de su espolón sobre la



Combate Naval Iquique – Thomas Somerscales

debilitada estructura de la corbeta Esmeralda, Prat comprendió con lucidez instantánea que había llegado el momento previsto por aquella tradición naval centenaria. El combate dejaba de resolverse en la distancia de los cañones y pasaba, irrevocablemente, al

dominio brutal del abordaje. Allí donde la madera astillada, la humareda y el hierro reducían toda diferencia material, solo permanecía en pie la voluntad de los hombres. En aquel instante supremo, la antigua doctrina dejó de ser reglamento escrito para convertirse en acción, sacrificio y destino.



La rada de Iquique: la hora inmortal

Tras comprender el sentido doctrinario de la Guardia de Bandera y del abordaje general, resulta posible adentrarse en uno de los episodios más trascendentes —y también más injustamente incompletos— del relato naval chileno. Porque entre las figuras inmortales del Combate Naval de Iquique permanece todavía, envuelto en una persistente penumbra historiográfica, el nombre de un hombre cuyo abnegación formó parte inseparable de aquella jornada: el Soldado de Artillería de Marina Arsenio Canave Meriño.

Miembro de la Guarnición Embarcada de la corbeta Esmeralda y centinela de la Guardia de Bandera, Canave pertenecía al reducido grupo de hombres sobre quienes recaía la responsabilidad de custodiar el pabellón nacional durante el combate. Y fue precisamente desde aquel puesto donde siguió a su Comandante y al Sargento Juan de Dios Aldea Fonseca en el primer abordaje al monitor Huáscar, el 21 de mayo de 1879.

En efecto, en los instantes supremos del combate, cuando el estruendo de acero dominaba la rada, el comandante Prat, erguido sobre la toldilla, escrutó con mirada acerada la maniobra del Huáscar. El ariete de acero, como fiera desatada, se lanzaba con furia inexorable contra la frágil anatomía de la mancarrona. Prat comprendió, con la lucidez táctica de un comandante curtido en su puesto de combate, que el golpe era inevitable: la nave, exhausta y herida, pero no rendida, no podría eludir nuevamente la embestida. La orden no brotó de la sola hidalguía, sino de la Ordenanza Naval, de esa táctica que determina el abordaje general como recurso extremo, pero necesario. Pero en la voz de Prat, aquella cláusula seca se transmutó en épica: la acometida esperanzada que llevaría el combate desde la fría distancia de los cañones, al filo de la espadas y las hachas, donde la desigualdad del hierro habría de rendirse ante el temple del marino chileno, reduciendo la guerra a su expresión más primitiva, el combate cuerpo a cuerpo.



En el caso de la corbeta Esmeralda, aquella doctrina no implicaba una teoría compleja: para su comandante, se convertía en el único camino hacia una esperanza razonable. Su dotación, aunque exhausta por la refriega desigual, mantenía efectivos casi equivalentes a los del Huáscar⁴⁴; dato menor en cañones y espolón, pero crucial en el abordaje, que ofrecía a Prat la opción real de nivelar la contienda, transformando la inferioridad material por la supremacía humana, donde la victoria se decide entre la resolución y el temple.

Por eso, cuando la hora llegó, su decisión fue el corolario lógico de un pensamiento forjado en días de reflexión y deber: morir sin intentar nada o equilibrar la balanza en un acto de audacia suprema. Prat escogió lo único meritorio para un marino chileno: luchar hasta el último aliento y, si era necesario, caer combatiendo sobre el hierro enemigo. Así, cuando el espolón del Huáscar se abatió violentamente sobre la mancarrona, a la altura de la toldilla, por la aleta de babor; en seguida, el combate alcanzó el instante que definiría para siempre la conciencia de la Armada de Chile. En medio del estruendo, Arturo Prat pronunció la orden destinada a perpetuarse en la historia: “¡Al abordaje, muchachos!”.

Su orden se abrió paso entre la humareda como un tajo de acero, acompañado por la vibrante respuesta del Soldado del Mar, corneta Gaspar Cabrales, quien llevó el clarín a sus labios para dar el toque sagrado que reproducía la resolución de “abordaje general”. Pero el plomo enemigo, cruel y certero, le arrebató la vida antes de concluir la nota. El sonido se quebró en el aire, y con él cayó el corneta, apagando para siempre la señal que debía arrastrar a la dotación al asalto sublime, mientras el combate rugía como un huracán sobre la cubierta ensangrentada.

Aun así, la acción se hizo carne y la orden fue consumada. Prat, con la espada fulgurando en alto y el revólver firmemente asido en la siniestra, se lanzó al

⁴⁴ Corbeta Esmeralda (Chile): 201 hombres, según recuento oficial de la Armada de Chile (Armada, Revista de Comisario, 1879). Monitor Huáscar (Perú): 197 marinos en servicio durante el combate, de acuerdo con los datos técnicos e históricos del buque (MGP, 1984).



abordaje, saltando al castillo del Huáscar, llevando con sigilo el peso entero del honor nacional. Tras él, en una escena que aún estremece por la magnitud de su simbolismo, lo siguieron —sin titubeos, sin una sombra de duda— dos hombres de la Guardia de Bandera: el irreductible Sargento Aldea y el bravo Soldado Arsenio Canave Meriño, ambos hijos de la Artillería de Marina, gloriosos Soldados del Mar que, unidos en un mismo impulso de lealtad y sacrificio, consumaron con su acción el espíritu que décadas más tarde sintetizaría el lema de la Infantería de Marina chilena: ¡*Fortis Atque Fidelis!* (Fuertes a la vez que Fieles).

Sin embargo, mientras los nombres de Prat y Aldea ingresaron tempranamente al sitial inmortal de la memoria nacional, la figura de Arsenio Canave Meriño fue quedando postergada, envuelta en confusiones documentales y omisiones historiográficas. Durante décadas, su participación en el primer abordaje permaneció envuelta en confusiones, testimonios parciales y omisiones de los historiadores. Así, en el injusto silencio que por décadas ha rodeado su sacrificio y la grandeza de su entrega, Canave permanece aún como un nombre relegado por la crónica a la penumbra del abandono, pese a haber compartido con Prat y Aldea el instante más supremo del primer abordaje.

En efecto, las tinieblas de la omisión no puede borrar la huella que dejaron los documentos, ya que los registros hablan con la autoridad de lo que es irrefutable. La certeza sobre la presencia de Arsenio Canave Meriño en la corbeta Esmeralda se sustenta en documentos oficiales de incuestionable valor histórico. Entre ellos, destaca la Revista de Comisario⁵ del 15 de mayo de 1879, levantada apenas seis días antes del Combate Naval de Iquique. En este registro figura el nombre de Arsenio Canave Meriño integrado a la 3ª Compañía del 1º Batallón del Regimiento de Artillería de Marina —unidad que ya había tomado parte en las operaciones de

⁵ Era el registro oficial que levantaba el comisario del buque, donde se consignaban las dotaciones completas (oficiales, marineros, infantes de marina) con indicación de su estado en el buque (activo, embarcado, baja, etc.). Servía como documento administrativo y como respaldo para pagos y control del personal (Armada, archivo histórico, s.n.).

Antofagasta y Tocopilla— acompañado de la anotación marginal “*embarcado en la corbeta Esmeralda*”. Este antecedente lo vincula de manera directa con la Guarnición Embarcada del buque, confirmando documentalmente su presencia a bordo y reforzando su condición de Artillero de Marina, función que doctrinariamente lo situaba, durante el zafarrancho de combate, en el puesto de custodio del pabellón nacional.

Durante décadas, el relato hegemónico del combate naval se apoyó en los testimonios más inmediatos: los de los oficiales sobrevivientes de la *Esmeralda* — entre ellos, el Teniente Luis Uribe, el Teniente Francisco Sánchez y el Guardiamarina Ernesto Fernández— quienes, tras la contienda, permanecieron prisioneros en manos peruanas. Sus narraciones, forjadas en la reclusión y recogidas por la posteridad, constituyen piezas valiosas, pero también inevitablemente parciales, condicionadas lógicamente por su confinamiento, la separación del resto de la dotación y la imposibilidad de contrastar sus percepciones con las de marineros y soldados de marina que lograron sobrevivir.



Sepulturas del Comandante Arturo Prat e Ignacio Serrano en el Cementerio N° 1 de la ciudad de Iquique, año 1880

Sin embargo, el tiempo —implacable y justiciero— devolvió las voces ocultas. El Guardiamarina Vicente Zegers, en su diario personal, posteriormente revelado, dejó constancia de un hecho decisivo: afirmó haber visto a un soldado de la Guardia de Bandera lanzarse también al abordaje, siguiendo los pasos de Prat y Aldea en la arremetida suprema. Esta referencia no quedó aislada; en efecto, el Subteniente Antonio Hurtado, jefe de la Guarnición Embarcada de la corbeta, en su parte oficial



de 1880, corroboró la existencia de aquel tercer hombre, añadiendo peso documental a lo que la tradición oral había susurrado entre sombras: Según su relato: “Él vio, después de la primera embestida y en medio del crudo resonar de la humeante batería de la corbeta, un individuo, con uniforme de soldado del regimiento de marina, que trepaba, valiéndose de un cable, a la cubierta del monitor enemigo”, siguiendo a su comandante y al Sargento Aldea. A partir de esta reconstrucción testimonial, puede entenderse que Canave, tras lanzarse al abordaje, no habría logrado alcanzar inmediatamente la cubierta del Huáscar en el instante mismo del espolonazo. En aquel intento extremo habría caído primero al mar para luego, “valiéndose de un calabrote”, trepar finalmente a la cubierta enemiga y consumir la orden de abordaje, encontrando la muerte en medio de los momentos más violentos y decisivos del combate.

El periodista Eloy Temístocles Caviedes (1849 – 1902)⁶, corresponsal de guerra del diario El Mercurio de Valparaíso, asumió —años después de la epopeya— la tarea que el relato oficial había dilatado: rescatar del silencio a un héroe ignorado. Con la perseverancia del investigador y el fervor del patriotismo, Caviedes emprendió una exhaustiva y detallada pesquisa testimonial entre sobrevivientes y testigos, rastreando voces dispersas para reconstituir con plena justicia las horas excelsas de la corbeta inmortal.

Fruto de esa detallada indagación, en su crónica publicada el 18 de mayo de 1888, edición N° 18.417 del El Mercurio de Valparaíso, dejó estampadas palabras que resuenan como un acto de reivindicación histórica, escritas con plena certeza y determinante convicción:

“Apresurémonos a agregar por nuestra parte que según prolijas indagaciones que hemos hecho, y de acuerdo a las versiones contestes

⁶ Periodista de “El Mercurio de Valparaíso” y único corresponsal de un medio chileno enviado de forma permanente a cubrir tanto la acción del Ejército como de la Armada durante la Guerra del Pacífico. Fue el autor de las “Cartas de la Escuadra” y “Cartas del Desierto”.

de varios testigos, no solo el sargento Aldea acompañó a Prat en su abordaje. Uno de los soldados de la Guarnición también siguió a su comandante y pereció, como Prat, sobre la cubierta del buque enemigo. Había permanecido hasta hoy anónimo; pero guiados por el deseo de investigar el nombre de este heroico hijo del pueblo, precursor, como Aldea, de todos los que pronto siguieron su glorioso ejemplo, hemos puesto a contribución de la buena voluntad y la memoria de sus camaradas de la Esmeralda, y podemos asegurar que se llamaba Arsenio Canave, nombre que desde hoy debe ocupar un lugar distinguido en el martirologio de nuestros héroes.”

Sin embargo, como una gran paradoja del destino, la voz justiciera del corresponsal de guerra y periodista Eloy Caviedes, que aquel 18 de mayo de 1888 intentó rescatar del olvido al tercer hombre del abordaje, terminó perdiéndose nuevamente entre el estruendo de la celebración nacional. Su crónica —lúcida,



Multitudinaria ceremonia en el monumento a los Héroes de Iquique, Valparaíso

valiente y profundamente reivindicatoria— volvió a quedar eclipsada por la magnitud de los acontecimientos que entonces concentraban la atención pública, como si la fatalidad insistiera, una vez más, en relegar el nombre de Arsenio Canave a la penumbra de la conciencia histórica.

Efectivamente, días antes, el 14 de mayo de 1888, en Iquique, se había rendido solemnes honores a los restos mortuorios de Arturo Prat, el Teniente Ignacio Serrano y el Sargento Juan de Dios Aldea, exhumados y trasladados desde la iglesia parroquial hasta una capilla ardiente dispuesta, precisamente sobre la



cubierta del monitor Huáscar, el mismo escenario de hierro que, nueve años antes, los había visto caer en combate.

El 17 de mayo, la escuadra chilena —con el Huáscar a la cabeza, escoltado por el crucero Esmeralda y las corbetas O’Higgins y Chacabuco, reforzadas por el blindado Blanco Encalada— zarparon rumbo a Valparaíso llevando los ataúdes de los héroes. Así el 21 de mayo de 1888, a las ocho de la mañana en punto, la escuadra fondeó en la bahía porteña. Los restos fueron desembarcados en carrozas fúnebres que, entre salvas, discursos y multitudes desbordadas de chilenos, avanzaron hasta la Plaza Sotomayor para culminar en el solemne reposo bajo el Monumento a los Héroes de Iquique⁷.

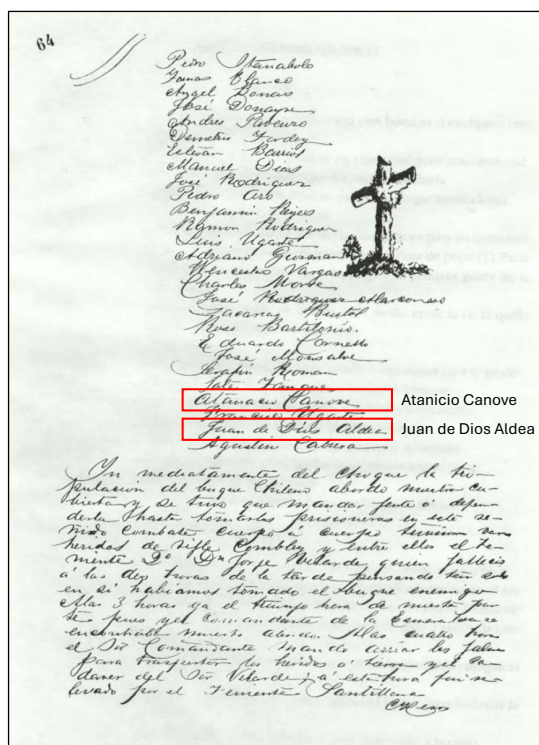
En medio de aquel clamor de patria y gloria, la página de El Mercurio de Valparaíso que intentaba devolver un nombre olvidado al martirologio naval chileno terminó desvaneciéndose entre el torbellino de la solemnidad nacionales. Mientras la patria entera rendía los merecidos honores a Prat, Serrano y Aldea, el Soldado Arsenio Canave Meriño —el tercer hombre del abordaje— permanecía silenciosamente en el Cementerio N° 1 de Iquique, separado incluso en la muerte de aquellos junto a quienes había cruzado el último tranco de la gloria.

La voz del periodista Eloy Caviedes y el fruto de su investigación —tan necesarios como justicieros— quedaron inevitablemente opacados por la magnitud emocional y simbólica de los homenajes rendidos a los héroes de la Esmeralda. Así, entre salvas atronadoras, discursos patrióticos, campanas, clarines y el estrépito de las bandas marciales, el nombre de Canave volvió a desvanecerse en la penumbra de la memoria histórica, como si el propio derrotero del tiempo insistiera en negar al

⁷ El Monumento a los Héroes de Iquique —originalmente denominado “Monumento a la Marina Nacional”— fue inaugurado en la Plaza Sotomayor de Valparaíso el 21 de mayo de 1886. Su diseño y ejecución artística estuvieron a cargo de los escultores franceses Denys Pierre Puech y Diogène Ulysse Maillart, junto al escultor chileno Virginio Arias, constituyéndose desde entonces en uno de los principales espacios de memoria naval y republicana de Chile.

Soldado del Mar que acompañó a su comandante en el abordaje, el lugar que había conquistado legítimamente con su sangre sobre la cubierta del monitor.

A esta cadena de evidencias se suma un antecedente particularmente revelador: la propia bitácora de combate del monitor Huáscar. En el folio N° 64, correspondiente al cuarto de guardia de 12 a 4 pm, a cargo del Teniente 2° Carlos De Los Heros Aguilar, aquel registro de guerra deja constancia de la muerte, sobre la cubierta del blindado peruano, del Comandante Arturo Prat, del Sargento Juan de Dios Aldea y de “Atanicio Canove”, nombre anotado erróneamente junto al de otros marinos chilenos. Aunque la anotación no precisa circunstancialmente la secuencia exacta de su muerte, si constituye una prueba documental de enorme valor, pues confirma la presencia y muerte de un tercer chileno sobre el Huáscar durante los momentos culminantes del combate. Aquella deformación nominal — aparentemente menor en medio del fragor de la guerra— terminó proyectándose por décadas sobre la historia, contribuyendo a sumergir la figura de Canave en una prolongada penumbra documental y, más dolorosamente aún, en el injusto olvido de su propia tradición naval. A la luz de



Folio N° 64 de la bitácora de combate del monitor Huáscar.

algunas rigurosas investigaciones posteriores, esa confusión quedó definitivamente disipada: jamás figuró en la dotación de la Esmeralda, ese 21 de mayo, un hombre con el apellido mal consignado en la bitácora del Huáscar.

Años más tarde, nuevas referencias documentales volverían a proyectar luz sobre la figura del Soldado Canave. En un trabajo publicado en 1913, Ismael



Fajardo Reyes⁸ sostuvo que Canave había fallecido efectivamente durante el Combate Naval de Iquique y añadió una observación particularmente significativa: “hay muchas presunciones para creer sólidamente que este soldado pueda ser el que acompañó al Capitán Prat y Aldea en su titánica empresa”. El propio autor agregaba que, de confirmarse plenamente aquel antecedente, “se aclararía el misterio que hasta ahora ha rodeado a ese gran anónimo”.

El velo ya se develó y tras el cotejo minucioso de fuentes oficiales de la Armada e historia restituyó esa verdad: el soldado que acompañó a Prat y a Aldea en el primer abordaje no fue un espectro documental ni un nombre equivocado, sino un hombre de carne y juramento claro: Arsenio Canave Meriño, Artillero de Marina, guardián del pabellón, héroe silenciado de Iquique. Así, la institución lo incorpora hoy en su memoria corporativa⁹ y, en el año 2012, también la LCU “Canave”¹⁰ —la mayor de las barcasas del LSDH-91 Sargento Aldea— surca el mar llevando silenciosamente su apellido. Sin ceremonias grandilocuentes ni homenajes multitudinarios, aquella embarcación navega como un sobrio estandarte de acero que, desde las propias cubiertas de la Armada, rompe apenas y de manera muy discreta el largo silencio del olvido, rindiendo un modesto tributo al tercer hombre del abordaje; un reconocimiento digno, aunque todavía distante de la magnitud del sacrificio compartido junto a Prat y Aldea sobre la cubierta del buque enemigo. Sus restos no yacen junto a los de Prat y Aldea en el Monumento a los Héroes de Iquique. Él reposa, en austera grandeza, en el Cementerio N° 1 de Iquique, como

⁸ Ismael Fajardo Reyes fue un cronista e investigador chileno de comienzos del siglo XX, autor de diversos trabajos y recopilaciones testimoniales vinculadas a la Guerra del Pacífico y a sus protagonistas. Sus escritos constituyen una valiosa fuente memorialista para el estudio de episodios y testimonios relacionados con el conflicto.

⁹ <https://www.armada.cl/tradicion-e-historia/biografias/c/arsenio-canave>

¹⁰ LCU significa Landing Craft Utility (en español se traduce usualmente como Lancha/Barcaza de Desembarco Utilitaria). Es el tipo de embarcación anfibia de carga y transporte que opera desde un buque madre (como el Aldea). Ex barcaza de desembarco francesa Rapière (L-9061). Botada y entrada en servicio en 1988 (SFCN, Villeneuve-la-Garenne). Desplazaba aprox. 380 t en rosca y 710 t a plena carga, con unos 60 m de eslora. Llegó junto al LSDH-91 “Sargento Aldea” (ex TCD Foudre) adquirido en noviembre de 2011.



uno más entre los tripulantes de la mancarrona inmortal, como testimonio silente de la gesta y de la deuda moral que la historia aún no salda con su nombre.

Su entrega no fue menor ni accesoria; respondió a un mandato supremo de la doctrina naval vigente y a la ética marcial más elevada: custodiar la bandera y seguir a su comandante en el abordaje general —iracunda alternativa determinada por la Ordenanza. Canave y Aldea encarnaron la esencia misma de la Guardia de Bandera: aquel puesto de combate concebido para custodiar el honor nacional hasta el último aliento, aun cuando todo a su alrededor fuese ceniza, sangre y muerte. En el instante decisivo, no vaciló: cruzó el umbral de la vida y la muerte con la misma resolución que Prat y Aldea, convirtiéndose en el tercer vértice de esa trinidad heroica.

Que el nombre del Artillero de Marina Arsenio Canave Meriño no haya resonado con la misma fuerza que el de otros héroes de Iquique no disminuye en nada la magnitud de su inmolación. Por el contrario, recuerda que las grandes epopeyas de la patria también fueron sostenidas por hombres silenciosos, cuya lealtad quedó sumergida entre las sombras del tiempo y el olvido. Pero la historiografía —aunque a veces tarde— terminará siempre por reclamar a los suyos. Y allí, sobre la cubierta del Huáscar, junto a Prat y Aldea, quedó escrito para siempre el nombre de aquel soldado del mar que siguió a su comandante hasta el último umbral del deber. Porque sin hombres como **Arsenio Canave Meriño**, la gloria de Iquique no sería tan inmensa, ni el sacrificio de la Esmeralda tan profundamente inmortal.



Bibliografía

Ahumada, P. (1885). *Guerra del Pacífico. Documentos oficiales*. Valparaíso: Imprenta del Diario Oficial.

Armada. (1793). *Ordenanzas Generales de la Armada Naval*. Madrid.

Armada. (1879). *Revista de Comisario (15-may-1879), Boletín de la Guerra del Pacífico (10-jun-1879)*. Valparaíso.

Armada. (s.n.). *Archivo Histórico de la Armada de Chile*. Valparaíso.

Boletín de la Guerra del Pacífico, Ministerio de Guerra. Ediciones mensuales, entre el 14 de abril de 1879 y el 16 de mayo de 1881

Bravo, G. (2012). *¿Hubo un segundo tripulante que acompañó a Arturo Prat en el primer abordaje el 21 de mayo de 1879?*. REVISMAR 3

Canave, A (2024). <https://www.armada.cl/tradicion-e-historia/biografias/c/arsenio-canave>

Caviedes, E. (1888, mayo 18). *Crónica del Combate Naval de Iquique*. El Mercurio de Valparaíso.

Hurtado, A. (1880). *Parte oficial al Comandante General de Marina*.

MGP. (1984). *Diario de la campaña naval escrito a bordo del Huáscar – El combate de Iquique*. Archivo Histórico de Marina del Perú.

Ordenanzas Generales de la Armada, de 1793, Tratado 3º, Título I; y Tratado 5º, Título V.

Ramos, C. (2025). *La influencia de España y su real armada en la formación del primer poder naval chileno*. Geopolítica oceánica e industria naval en Iberoamérica y Filipinas.

Toledo, G. (1995). *El Zafarrancho de Combate de la "Esmeralda" de Prat*. REVISMAR N°2/95

Uribe, L. (1879). *Parte sobre el combate del 21 de mayo*. En Ahumada Moreno (1885).

Zegers, V. (1880). *Diario personal*. Archivo Histórico de la Armada de Chile.